

Gérard Duménil y Dominique Lévy, *LA GRAN BIFURCACIÓN. ACABAR CON EL NEOLIBERALISMO*, Fuhem Ecosocial/Catarata, Madrid, 2014, (205 pp.). ISBN 978-84-8319-953-4

Santiago Álvarez Cantalapiedra¹

Director de Fuhem Ecosocial

Afirman los autores de *La gran bifurcación* que el capitalismo no es el fin de la historia sino una de sus etapas, y el neoliberalismo tan sólo una fase dentro de la etapa del capitalismo contemporáneo. Una fase, al igual que una etapa, es por definición algo contingente, por lo que no ha lugar para aceptar la máxima thatcheriana de que, frente al capitalismo, "no hay alternativa". Siempre la hay. La culminación de un período nos sitúa frente a una bifurcación que muestra diferentes trayectorias potenciales. Porque la historia no está escrita, los mortales podemos recrearla, aunque en circunstancias que -como acertadamente señaló el viejo Marx- en buena medida nos vienen impuestas. Y de eso precisamente va el libro, de las circunstancias y condiciones que permiten diferentes trayectorias.

Para tal propósito, los autores empiezan ofreciendo un marco teórico para interpretar la dinámica histórica del capitalismo contemporáneo. Los dos primeros capítulos, correspondientes a la primera parte del libro, sintetizan este marco conceptual que Duménil y Lévy llevan tiempo desarrollando. En la segunda y tercera parte se abordan los mecanismos concretos que explican la sucesión de los diferentes órdenes sociales hasta llegar a las contradicciones y desajustes de la coyuntura histórica actual. La parte final afronta abiertamente las grandes cuestiones que motivan el libro: la de si será posible revertir la profunda involución social experimentada en las últimas décadas o cómo será ese post-neoliberalismo que se empieza a vislumbrar tras la última crisis estructural desencadenada en el año 2008.

MARCO CONCEPTUAL: CONSERVAR, REVISAR Y PENSAR CON MARX MÁS ALLÁ DE MARX

El marco conceptual es deudor de la teoría marxista de la historia y, en consecuencia, tiene presente tanto la contradicción que surge entre el carácter social de la producción y la propiedad privada como la lucha de clases. Por otro lado, trasluce una forma de pensar con Marx más allá de Marx, al extender al capitalismo contemporáneo el análisis de la estructura social. En otras palabras, los autores prolongan la teoría marxista hasta el capitalismo contemporáneo preservando al mismo tiempo buena parte de sus

¹ salvarez@fuhem.es

fundamentos en una suerte de combinación -como han señalado ellos mismos en más de una ocasión-² de "fundamentalismo" con "reversionismo": entre los fundamentos del marxismo que se preocupan de preservar, se encuentra la concepción de la historia de las sociedades humanas como sucesión de modos de producción; entre los elementos sometidos a revisión está el reconocimiento de una estructura social ternaria, o tripolar de clase, que añade a capitalistas y trabajadores la figura de los cuadros.

Socialización de la producción y "capitalismo organizado"

Duménil y Lévy ponen el énfasis en la creciente socialización de la producción: "esta se convierte en un asunto social, es decir, un asunto de la sociedad. La producción ya no es un acto de un individuo, o de un grupo aislado de individuos bien identificados, sino que pone en juego un conjunto de relaciones entre una multiplicidad de agentes" (p. 22). El avance del proceso de socialización, asentado en la división social del trabajo y en la utilización de masas crecientes de capital, ha requerido la transformación de las instituciones en las que se expresa la propiedad privada de los medios de producción. En el capitalismo contemporáneo estas transformaciones han venido asociadas a una triple revolución, acaecida entre finales del siglo XIX y principios del XX en los EEUU. La primera afectó a las sociedades mercantiles y supuso la aparición de formas jurídicas de propiedad colectiva como las sociedades anónimas; la segunda revolución fue financiera y alumbraría nuevos bancos como agentes de financiación de las grandes sociedades; la tercera revolución fue gerencial, respondiendo a la exigencia de nuevas formas de gestión de esas grandes sociedades.

Estos hechos revelan que la socialización es inseparable de la organización, dando lugar a un "capitalismo organizado" como resultado de que la producción se torna cada vez más compleja. Las innumerables intervenciones estatales (y paraestatales), tanto en el plano nacional como internacional, y las nuevas formas de gobierno y organización de las grandes empresas, son reveladoras de un capitalismo que desarrolla un sistema de relaciones sociales en permanente evolución. Muchas de esas relaciones se despliegan en un "centro político institucional" en torno al Estado que coexiste junto a un "centro económico institucional" construido a partir de redes privadas de propiedad y gestión. En ambos núcleos, las tareas de administración las llevan a cabo determinados agentes, los "cuadros", que desempeñan una función crucial, no sólo en el funcionamiento del capitalismo actual, sino también en la dinámica de la lucha de clases.

Los "cuadros" una clase social en el capitalismo gerencial

En el capitalismo, la posición que se ocupa en el proceso productivo y la relación con los medios de producción permite definir las diferentes clases. Marx diferenció las dos principales de su época: la clase capitalista, propietarios de los medios de producción, y la de los trabajadores asalariados que, al estar separados de esos mismos medios, contribuyen únicamente como fuerza de trabajo. En el capitalismo organizado que despunta con el comienzo del siglo XX adquieren una relevancia creciente aquellos agentes -los cuadros- que desarrollan una función intermediaria entre propietarios y trabajadores. Sin ser propietarios, su vinculación con los medios de producción es grande en la medida en que toman el conjunto de decisiones que implican su uso; y sin dejar de ser trabajadores, se benefician sin embargo de una fracción del plusvalor en virtud de la relación particular que mantienen con los medios de producción al asumir las funciones que en ellos el capital ha delegado. Nos encontramos así, según defienden los autores, ante una auténtica clase social: "Los cuadros constituyen para nosotros algo más que una simple categoría social; una clase social, en el sentido pleno del término" (p. 26)

² Véase, por ejemplo: B. Tinel, "Entrevista a Gérard Duménil y Dominique Lévy. A propósito de *La Gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*", *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global*, nº 126, Fuhem Ecosocial, Madrid, 2014, pp. 175-188.

Aunque se ha usado con profusión, particularmente en la literatura anglosajona, la expresión "empleados de cuello blanco" para designar a quienes desempeñan funciones de intermediación entre los capitalistas y los trabajadores de la producción, los cuadros se diferencian de los empleados por su capacidad de iniciativa, autoridad y nivel de rentas. Las fronteras existentes entre cuadros y empleados son tan numerosas como las convergencias que unen a empleados y obreros, por lo que cabría distinguir con claridad a los cuadros del resto, que constituiría lo que se suele denominar clases populares. En consecuencia, los autores abogan por una estructura social en el capitalismo contemporáneo caracterizada por tres clases: capitalistas, cuadros y clases populares, formada esta última por empleados y obreros.

El capitalismo como sistema de dominación se presenta de esta manera como "una hidra de dos cabezas", capitalista y cuadrista al mismo tiempo, en el que las relaciones que despliegan las dos clases que comparten la cúspide en la jerarquía social pueden llegar a ser de mayor o menor cooperación y antagonismo. Las herramientas que han encontrado los capitalistas para garantizar sus intereses como propietarios y lograr que las relaciones con los gestores lejos de ser antagónicas se tornen cooperativas son las finanzas.

TRES ÓRDENES SOCIALES EN EL CAPITALISMO GERENCIAL

Una vez definidos en la primera parte del libro los rasgos generales de su marco conceptual, Duménil y Lévy introducen la idea de la sucesión de distintos órdenes sociales para dar cuenta de las luchas y compromisos en la dinámica del cambio social. Por órdenes sociales entienden "configuraciones de poder definidas por los juegos de dominación y de compromiso entre clases y fracciones de clase" (p. 37).

La noción de orden social -ya presente en una obra anterior a *La gran bifurcación*-³ resulta ciertamente interesante, sobre todo si se maneja con cierta amplitud. Además de reflejar unas relaciones de poder afianzadas en alianzas entre distintas clases sociales en un período de tiempo determinado, se podría añadir que un orden social se asienta en una determinada estructura social con un polo dominante y otros de carácter funcional y subordinado, junto con un discurso ideológico hegemónico, un paradigma que inspira las políticas y las intervenciones públicas y un marco de instituciones en el que cristaliza todo lo anterior (más amplio incluso que los aludidos "centro político institucional" y "centro económico institucional"). Es una noción que se puede utilizar para ir más allá de la descripción de una relación de dominación y compromiso si logra reflejar además el vínculo recíproco que existe entre lo estructural y lo político. Así en un sentido amplio, el concepto de orden social permitiría caracterizar de forma estructural una fase del capitalismo y constatar que no siempre se logra en ella un "modelo de desarrollo".⁴ La conciencia de la existencia de órdenes sociales "con" o "sin" modelo de desarrollo ayudaría a comprender con mayor profundidad lo que supuso en el plano económico y social el período posterior a la segunda posguerra frente a la fase neoliberal.

Desde finales del siglo XIX, momento en el que apareció el capitalismo gerencial, se han sucedido tres órdenes sociales, cada uno de los cuales empieza y termina con una crisis estructural, y que revelan las alianzas y liderazgos que se establecen entre las diferentes clases sociales: la crisis estructural de los años 1890 inauguraría la "primera hegemonía financiera"; la Gran Depresión el "compromiso social keynesiano de izquierdas"; y la crisis de los años 70 del siglo XX, el "orden social neoliberal o segunda

³ G. Duménil y D. Lévy introducen la idea de orden social en su libro *The Crisis of Neoliberalism*, Harvard University Press, 2011 [trad. al castellano en Ediciones Lengua de Trapo, 2014]

⁴ Se adopta aquí el significado que le concede Martínez González-Tablas en su obra *Economía Política Mundial* (Volumen II, Ariel, Barcelona, 2007: pp. 80-85): Los "modelos de desarrollo" son formas específicas de funcionamiento del capitalismo que aparecen cuando afectan a componentes y relaciones centrales del sistema económico, no son anecdóticas sino que se extienden por un ámbito espacial significativo y se muestran capaces de crear condiciones de acumulación de manera significativa y duradera.

hegemonía financiera". La crisis que se desencadena en el año 2008, manifestaría el tránsito hacia un orden cuya suerte aún está por decidir.

El propio capitalismo gerencial nació en Estados Unidos, en el contexto de una crisis estructural: la caída de las tasas de rentabilidad del capital en un contexto de intensa competencia y con un marco empresarial fuertemente heterogéneo provocó a finales del siglo XIX una profunda depresión que impulsaría, como reacción, la triple revolución ya mencionada y que terminaría por alumbrar el capitalismo gerencial contemporáneo. El principal efecto que tuvo aquella reacción fue acelerar el crecimiento de la productividad del trabajo, principalmente por la vía de la innovación técnico-organizativa (taylorismo y fordismo), interrumpiendo con ello el deterioro de la tasa de ganancia sin la necesidad de incrementar el grado de explotación a los trabajadores. Este último hecho contuvo, al menos en Occidente, el ímpetu revolucionario de un movimiento obrero que se encontraba en fase ascendente y abrió la vía para que se configurara una doble alianza: la primera, entre un sector empresarial tradicional amparado por leyes anti-*trust* y otro sector dinamizado por grandes empresas que empiezan a considerar la variable espacial una opción estratégica; la segunda adopta la forma de compromiso entre la gran burguesía y los cuadros que actúan como gerentes de las grandes sociedades. Nació así el primer orden social de la nueva etapa del capitalismo gerencial, denominado por los autores como "Primera hegemonía de las finanzas" debido a la centralidad que estas adquieren en la estructura del poder y en el funcionamiento de la economía.

Las contradicciones y desajustes de este orden social provocarían la Gran Depresión de 1929. La heterogénea estructura productiva, por un lado, y las tendencias especulativas procedentes del mundo de las finanzas, por otro, degeneraron en una crisis bancaria y en una profunda recesión que propiciaría el tránsito al orden social de la posguerra. En efecto, la reacción a la crisis del 29 mediante la puesta en marcha del *New Deal* y la preparación de toda la maquinaria bélica asociada a la II Guerra Mundial, inauguraron una época de intenso activismo estatal que fortaleció a los cuadros de las administraciones al tiempo que iba debilitando aquellos asociados a las finanzas.

La lucha de clases cristalizó una nueva configuración del poder, un nuevo compromiso social que vincularía esta vez a cuadros y a clases populares en una alianza liderada por los primeros. El intervencionismo del Estado en la economía, con sectores nacionalizados, elementos de planificación indicativa y amplias reformas sociales condujo a lo que otros han llamado la "edad de oro" del capitalismo, una época con elevadas tasas de acumulación y mejora continuada en los niveles de vida de la población, caracterizada por un reparto menos desigual de la renta y la riqueza, un sector financiero al servicio de la economía productiva, un gobierno de las empresas con criterios más amplios que la simple generación de valor para el accionista, unos Estados que ofrecían protección social y cierta redistribución y una actividad económica centrada en su mayor parte en el propio territorio nacional. El movimiento obrero favoreció esos cambios pero nunca llegó a disponer del poder, por lo que el papel de agente principal en la sociedad surgida tras la posguerra quedó reservado a los cuadros.

Este orden social -también calificado de "socialdemócrata" e interpretado como un "compromiso de izquierdas"- funcionó de manera exitosa gracias a que la productividad del trabajo experimentó incrementos sin precedentes (permitiendo aumentar el poder de compra y la protección social sin afectar a la rentabilidad del capital) y a que, en el plano internacional, la vigencia del orden surgido de Bretton Woods proporcionó gran estabilidad a las relaciones económicas entre los países.

Sin embargo, el inicio de los años setenta vendría marcado precisamente por el abandono de ese marco internacional y por el agotamiento de los avances en la productividad del trabajo. La suspensión de la convertibilidad del dólar en oro y el abandono de las paridades fijas reemplazado por la flotación de las monedas, unido a un proceso de liberalización general de los movimientos de capital, impulsó el restablecimiento del poder de las finanzas a escala internacional. En el interior de las economías, a su vez, el deterioro de la productividad activó las pugnas distributivas entre beneficios y salarios, degenerando en

una ola inflacionista que, aquellos que fundan su poder en la riqueza, se apresuraron a atajar con políticas que provocarían a la postre consecuencias dramáticas y el abandono, de facto, del compromiso social de la segunda posguerra. Había llegado la hora de restaurar la "Segunda hegemonía de las finanzas", alumbrando el "orden social neoliberal".

Para los autores del libro el neoliberalismo va más allá de una ideología; refleja, más bien, una reconfiguración del poder. El éxito de las clases capitalistas bajo el neoliberalismo consistió en asociar a los cuadros en la tarea de restaurar un orden social priorizando la propiedad privada y el mercado, recuperando así un poder y unas rentas que vieron limitadas en la etapa anterior. Desde esta perspectiva, el neoliberalismo debe ser visto como la capacidad de las clases propietarias de orientar a los cuadros en una determinada dirección conforme a sus propios intereses.

El orden social neoliberal ha mostrado unas características diametralmente opuestas a las del orden precedente. El objetivo era restablecer las tasas de ganancia, y para ello jugó con diferentes vías: la mundialización, la desregulación y la financiarización. La apertura e integración en los mercados mundiales descentró a las economías nacionales de sus territorios, y el desmontaje y reforma de las regulaciones y protecciones públicas, combinado con una manera de gobernar la empresa bajo el influjo de las finanzas, incrementó la brecha de la desigualdad y propició una sucesión de prácticas especulativas difíciles de controlar que condujeron a innumerables crisis y burbujas financieras. El balance no ha podido ser más pobre: las tasas de inversión de los países del centro disminuyeron en paralelo al establecimiento de unos elevados niveles de desempleo y al deterioro de los salarios, la protección social, los servicios públicos y los equilibrios comerciales y financieros con el exterior. Desajustes y contradicciones que tendrá como desenlace la crisis que se inaugura en el año 2008.

¿LA PERSPECTIVA UN MODO DE PRODUCCIÓN POSTCAPITALISTA?

Esta interpretación de las tendencias históricas en las que los cuadros desempeñan una función clave abre la cuestión de hacia dónde nos puede encaminar la última crisis en la que aún nos vemos inmersos.

La hipótesis más audaz que formula el libro es que el capitalismo gerencial es la expresión de una transición de una sociedad, aún capitalista, pero en la que el avance de la socialización de la producción pone en cuestión la forma en que se institucionaliza la propiedad, pudiendo conducir -en la medida en que ésta se diluye en formas colectivas- a otro modo de producción que cabría denominarlo "modo de producción cuadrista" por la relevancia y control que en él ejercerían los cuadros.

Aunque se trata de una hipótesis original, se pueden vislumbrar las raíces que la inspiran en una creencia que ha estado presente en los debates marxistas desde hace mucho tiempo. Señalaba Manuel Sacristán en una de las sesiones de un seminario impartido en la Universidad Autónoma de Barcelona en el año 1977:

"No sólo en Marx sino incluso en Lenin, y también en marxistas de ahora, está muy viva la creencia, o la tendencia a creer a veces, la tesis explícita de que tanto el capitalista monopolista, es decir, la culminación de la centralización de capitales acumulados y concentrados por un lado, cuanto la difusión -hasta convertirse en casi universal- de lo que Marx llamaba el capital por acciones, es decir, las sociedades anónimas, son ambos fenómenos que preludian una sociedad de transición al comunismo, porque serían una cierta escisión, y definitiva, entre la función empresarial y la propiedad privada. El accionista es propietario privadamente de la empresa, pero, en cambio, no es ya empresario en absoluto; por tanto, la sociedad anónima estaría exhibiendo lo innecesario del sistema de la propiedad privada".⁵

⁵ La transcripción de la conferencia ha sido publicada con el título "Sobre los problemas actuales del marxismo" en la sección "Inédito" de la revista *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global* en su número 131, Fuhem Ecosocial, Madrid, 2015.

Y señala a continuación que con esta creencia parecería que se está usando la expresión "modo de producción" casi exclusivamente como un conjunto de relaciones de propiedad, cuando en realidad es algo más complejo al incorporar la intervención de la ciencia y de la técnica y, a través de ellas, podríamos añadir, la forma concreta en que se articula el capitalismo con la esfera reproductiva y la naturaleza.

Y siendo importantes en la evolución del capitalismo hacia una nueva etapa, o incluso hacia su superación en un nuevo modo de producción, tanto la estructura social como la lucha de clases asociadas al ámbito de la producción, no son menos relevantes el tipo de relaciones que emanan entre el trabajo mercantil y los trabajos reproductivos y de cuidados y los vínculos que se establecen entre la esfera económica y el sistema natural. A la luz de la falta de sostenibilidad en la que vivimos, convendría no obviar las contradicciones del propio capitalismo con las condiciones naturales y sociales que garantizan la existencia humana en el planeta.

La gran bifurcación es un libro de incuestionable solidez y obligada lectura para todas aquellas personas preocupadas en la búsqueda de salidas a la quiebra del orden social neoliberal. Desentraña la anatomía del capitalismo gerencial y nos habla de esas circunstancias que no hemos elegido pero con las que hay que contar a la hora de formular alternativas.